

## LA ÚLTIMA TAZA.

Marta se giró en redondo aun sabiendo que estaba sola en casa. El ruido de la taza contra el suelo fue un gran trueno.

La taza roja y blanca, la favorita de Oscar. Se dirigió rápida al escombro, no debía dejar ningún rastro. Barrió los restos rojos y blancos que la recordaron a glóbulos de la sangre que dibujaban cuando eran pequeños. No los tiró a la basura, los metió en una pequeña bolsa que escondió entre sus cajas de zapatos.

Justo a tiempo de oír girar la llave en la cerradura de la puerta de entrada. A tiempo de sonreír a Oscar como si ella también acabase de llegar a casa.

Se dieron un beso fugaz, monótono. Él se dirigió al dormitorio para quitarse la ropa de trabajo y ponerse cómodo. Marta comenzó a trastear en la cocina pensando lo que iba a preparar para cenar. Apartó de sus pensamientos la taza rota, no quería translucir su desazón.

Oscar se preparó una bebida, puso música, se acomodó en el sofá y empezó a jugar en su móvil. Sabía que su mujer lo dejaría tranquilo si no decía nada. Hoy no tenía ganas de ella.

Marta cocinó con impaciencia, conteniendo sus pensamientos de ansiedad. Cuando Oscar le preguntó si faltaba mucho, le explicó con cariño lo que estaba preparando. No quería exteriorizar su ansiedad y debía concentrarse tal y como la había enseñado la psicóloga. Una cosa cada vez en atención plena.

Nada de ir amputando pensamientos y saltar de uno a otro sin orden. Nada de mezclar la taza rota con la sangre de una herida abierta que no cicatrizaba en su mano, con las pechugas de pollo en salsa que la caja de zapatos vacía ocultaría las prueba mientras buscaba la teriyaki y pensaba en harina para reducir y Oscar en el sofá que no se diese cuenta por Dios y quizás en la tienda de la calle Princesa tuviesen una igual cuidado con el agua que añades Marta que luego te queda muy caldoso y sabes que no le gusta y ya está liada. Y por favor, sin discutir y valorándote como te dice la psicóloga.

Fregaba los platos y recogía la cocina cuando Oscar se acercó con sigilo y le dijo:

- Marta, la cena me ha sentado mal. Demasiada salsa. Cada día cocinas peor. Solo te ocupas de esta comida en todo el día y ni te molestas en hacerla en condiciones.

Marta le llevó la infusión en una taza blanca. Solo blanca.

— ¿Dónde está mi taza, Marta? Si está sucia, lávala.

—Es que no sé dónde está...no la encuentro.

— ¿Cómo que no la encuentras? Dime la verdad. ¿Qué has hecho con ella? ¿Qué has hecho con la taza, Marta?

Con cada frase alzaba más la voz e iba recalcando cada palabra.

—Si es que mira que eres tonta, ¿cómo puedes perder una taza en tu propia cocina? Ni que fuese el palacio de Buckingham. Tráeme la infusión en mi taza y no me enfadaré Marta, bonita.

Marta permanecía impasible, escuchaba como pegada al suelo, manteniendo la mirada en un punto inconexo lo más lejano posible. Dudaba entre contar la verdad e ir a buscar los añicos escondidos o seguir con la mentira y no decir nada. Seguir negando al vacío. Pero los trocitos la delatarían si Oscar los encontraba...y sus gritos iban subiendo como siempre. Y estaba sintiendo que su cabeza iba a estallar en trocitos como la taza, la puta taza de Oscar...sentía el corazón cómo latía en las sienes, en la yema de los dedos, en su pecho. Y solo quería paz...

—Oscar, lo siento la taza se me cayó y se rompió. Te compraré una igual. Seguro que la encuentro.

— ¿rota? ¿Otra igual? Eres imbécil Marta, no entiendo cómo me casé contigo. No hay otra igual. Nunca hay dos cosas iguales aunque lo sean por fuera. Así te va la vida, que si no fuese por mí nadie estaría contigo. Rompes mi taza, lo ocultas y encima lo agravas todo diciendo que comprarás otra igual.

Durante su perorata Oscar había gesticulado de forma ostensible. Era una de sus características. Subía y bajaba las manos, hacía círculos en el aire de forma vehemente recalcando cada sonido que pegaba en las paredes y rebotaba en la cabeza de Marta. Y dolía, mucho. Ese bla, bla, bla incesante como una gota de agua que cae del grifo mal cerrado. Bla, Bla, tonta, bla, imbécil, bla, bla, bla...estúpida, bla, bla, bla...

Y seguía y seguía mientras Marta sabía que estaba a punto de explotar. Que no quería estar allí ni seguir siendo ese saco de mierda que todo lo soportaba.

Oscar suspiró y apoyó la mano derecha sobre la mesa impoluta de la cocina. Una mesa brillante de color caramelo que compraron juntos cuando amueblaron el pisito.

Marta abrió un cajón, en el que guardaba alguno utensilios de cocina y sacó el más afilado. Se giró bruscamente y descargó un sonoro golpe en la muñeca derecha de Oscar. La que tenía apoyada en la mesa, con la que más gesticulaba. Se la amputó como amputaba él su vida. Ahora la mesa ya no estaba impoluta y a Marta le pareció más bonita.